

## JOSE M. VERGARA Y VERGARA

Nada es tan común, en este inmenso torbellino de la humanidad, como un hombre desgraciado, no obstante la gran suma de riqueza y virtudes que posea; pero nada obliga tanto a meditar seriamente sobre las vicisitudes de la vida, como la adversa fortuna de un hombre de superiores cualidades y eminente mérito.

¿Hay algo más indiferente que un cadáver, para el común de las gentes, que las más de las veces viven sin pensar y vegetan en el mundo sin sentir la vida ni comprender la muerte? Y sin embargo, qué inmensidad de problemas no se encierran para la mente del filósofo y el sentimiento del hombre de corazón que estas dos palabras: la *vida* y la *muerte*, que a cada momento pronunciamos todos con aquella indiferencia que nos es propia respecto de las cosas habituales.

### I

Pocas almas he conocido tan grandes y tan superiormente formadas e inspiradas como la de José María Vergara y Vergara, y con todo, rara vez he visto a la sociedad tratar con mayor injusticia y pequeñez de espíritu a una alma grande y generosa, como lo hizo nuestra sociedad, literata y egoísta, respecto de Vergara. Muy corto, cortísimo número de existencias he conocido tan merecedoras de completa dicha, como la del incomparable amigo a quien dedico estas líneas; y sin embargo, la

desventura, que él supo sobrellevar con resignación y contento, bien que con íntima melancolía y suprema caridad de alma, le persiguió de mil modos, cebándose como un buitre voraz en su fortuna, en su hogar, en su salud, en su gloria misma y hasta en los momentos supremos de su muerte... (1).

¿De qué causas provinieron las desventuras de Vergara? Lo diré sin escrúpulo, por mucho que la verdad pueda desalentar a las almas generosas: Vergara era demasiado bueno para la sociedad y el tiempo en que vivió y, en mi sentir, vino al mundo, en nuestra pobre patria, sobrado tarde o sobrado temprano. Ni encontró la nobleza de costumbres de que debía estar rodeado su bello carácter, ni halló la suma de progreso intelectual necesaria para que su poderosa y fecunda inteligencia fuera debidamente apreciada.

Vergara era un hombre absolutamente espontáneo, de aquellos que nacen para *ofrendarse* a los demás, sin pedir ni recibir nada en cambio. Lo que él ofrendaba y prodigaba a todos era su corazón, su alma; y las almas no se venden, ni hay moneda con qué poder pagar un corazón o retribuirle su valor. Carecía por completo del órgano del cálculo y se *daba* a la sociedad como da un niño sus sonrisas o da su amor una joven inocente. Entregado todo a sentir, pensar y producir con fecundidad maravillosa, no le alcanzaban el tiempo y la previsión para considerar las necesidades de la vida, ni para comprender el valor del dinero ni darse cuenta exacta de la significación de la palabra *negocio*.

---

(1) Nació en Bogotá el 19 de marzo de 1831, y murió el 9 de marzo de 1872.

Por eso sus intereses iban peor cada día, mermando visiblemente su modesta fortuna, que pudo ser considerable. La pérdida era segura para él en toda especulación; y su claro talento de artista y literato, su noble corazón y su fe religiosa, le arruinaban sin cesar. Vergara, profundamente religioso como era, había tomado al pie de la letra el Evangelio: no hacía caso de la riqueza; contaba absolutamente con que la Providencia no le abandonaría jamás; daba, como San Martín de Tours, la mitad de su capa a quien se la pedía (en ocasiones la capa entera, y la camisa por añadidura) y cuando nada le pedían, siempre daba...

Aparte de todos los modos comunes para ejercer la caridad, que le eran familiares, Vergara había encontrado (no *descubierto*, porque otros, muy pocos, se le parecían y aún le dieron el ejemplo) dos muy seguros de arruinarse: las publicaciones y la bibliomanía; modos que se resumen en esta enfermedad sublime: el amor a lo *bello*, a la *verdad*, a las *letras*, a la *luz*... Andaba siempre a caza de libros, periódicos, opúsculos y hojas volantes nacionales: pedía regalado lo que no tenía precio a los ojos de los poseedores; compraba lo demás, y muchas gentes pobres almorzaban o comían con alguna antigualla, pero Vergara iba así menguando su muy escaso patrimonio.

¿Por qué o para qué compraba él todo aquello? Lo compraba por satisfacer sus dos grandes pasiones, las dos más grandes, porque pequeña no tuvo ninguna: el patriotismo y el amor a las letras. Todo aquello era para él la *patria*. Quería formar una rica y completa biblioteca *nacional* que contuviera todos los frutos del ingenio colombiano; que reflejara todas las glorias literarias y científicas de Colombia; que le sirviera para escribir él mismo,

aprovechando su laboriosidad incansable, la historia completa de la literatura nacional. Así puede decirse que Vergara convirtió casi toda su vida, casi todo su patrimonio y sus más constantes esfuerzos en aquella colección o biblioteca. Vergara mismo vivía en este monumento, que era su mayor encanto y la pasión de su espíritu; y amaba tanto su biblioteca, que ella fue para él la fuente de sus mayores alegrías, así como de sus mayores pesares, salvo el amor a su Saturía y a sus hijos.

Era Vergara hombre de talla bastante más que mediana, vigorosa, y correctamente conformado; y no obstante la familiaridad de sus maneras, llanas y afables con todos, y sus instintos y hábitos inofensivamente burlones, tenía un aire muy distinguido, verdaderamente aristocrático, realzado por facciones nobles pero de suaves lineamientos, por una magnífica barba negra como sus cabellos, abundante y graciosamente rizada, y unos ojos tan acariciadores como bellos.

Llamaban éstos la atención precisamente por su melancólica expresión, pues aunque eran grandes y de un pardo oscuro simpático, estaban frecuentemente como velados por los párpados y las pestañas, largas y crespas, a través de las cuales salía una mirada como sedosa, es decir, suave y llena de caricias, pero al propio tiempo impregnada de singular melancolía.

Por lo demás, Vergara tenía la voz blanda pero rápida, precipitada hasta el punto de enredársele frecuentemente muchas palabras en la lengua; la frente amplia y de bellas proporciones; el perfil, el aire y la morena cutis, enteramente andaluces; y en la cabeza, que tuvo muchas ocasiones de palparle, ya acompañándole en sus enfermedades, ya llenando con su cadáver los dolorosos deberes de una

amistad fraternal, hallé todos los signos distintivos de una inteligencia superior y un carácter generoso y elevado.

## II

He dicho que Vergara no era suficientemente estimado por la sociedad que le rodeaba, y para explicarlo haré naturalmente conocer algunos de los rasgos más íntimos de su carácter. Para estimar debidamente a un hombre es necesario conocerle; y Vergara, por mucho que en todas partes se le viera, no era conocido sino por sus íntimos amigos. Ricardo Carrasquilla, José María Quijano Otero, José Manuel Marroquín y yo, sondábamos todos los secretos de su alma, todas las bellezas de su admirable carácter; así como en el trato familiar y en los *Mosaicos* (nuestras reuniones íntimas), le habían sabido apreciar otros amigos dignos de él, como Ricardo Silva, Salvador Camacho Roldán, Manuel Pombo y Diego Fallon.

El Vergara del periodismo político y religioso era tan distinto del Vergara del *Mosaico* y del *Hogar*, como eran distintos en él el hombre político y el literato. Como *político*, ni había hecho estudios ni tenía ideas claras y lógicas; lo que por tal tenía él era solamente una mezcla de patriotismo y espíritu de partido, de amor al prójimo y espíritu de contradicción oposicionista, de *ideas* añejas y *aspiraciones* modernas, de anhelos progresistas y culto por las viejas tradiciones.

Por eso cuando obraba o escribía como político aparecía contradictorio y descontentaba tanto a los liberales como a los conservadores; y como tenía el instinto de la polémica y una marcada inclinación a la sátira, la contradicción y la burla, que llamaré *volteriana* (sin ningún sentido antirreli-

gioso ni filosófico), se granjeaba enemigos como polemista, aún entre los mismos cuya causa deseaba defender.

Vergara no tenía en política sino un programa muy elemental y sencillo: defender al vencido. Jamás preguntaba: ¿quién tiene la razón?, porque le bastaba saber quiénes eran los vencidos u oprimidos. Para él, los débiles tenían siempre razón; la causa de los oprimidos era siempre la buena; el oficio de ministerial se le antojaba ser el más insípido y soso de este pobre mundo. Sólo la oposición le parecía ofrecer buen terreno para un hombre de corazón; y de ordinario, aún en las cosas más pequeñas, era opositorista de sus interlocutores y de casi todo lo que le rodeaba, particularmente si era *nuevo*.

Su espíritu de amable controversia llena de aticismo, de inocente burla de casi todo lo mundano, hacía que se formasen algunos una idea falsa de su carácter, teniéndole por inconsistente y ligero, y a las veces por *maligno*. ¡Vergara maligno! ¡Oh falta de perspicacia para *ver* una alma, y de seso para calificarla! Y todavía más: había hombres de los que se llamaban políticos, que *odiaban* a aquel hombre de corazón de paloma amigo de la risa. ¡Sí!, cuando el 9 de marzo de 1872 comencé a pedir limosna para el entierro de Vergara y para mantener a sus cuatro hijos por algún tiempo, hubo más de diez suscriptores que me dijeron: "Yo le aborrecía por sus ideas de *beato político*; pero me suscribo por sus hijos y en obsequio del *literato*..."

¿Por qué tan rudos sentimientos respecto de un hombre tan esencialmente bueno? Lo diré sin empacho: Vergara, como polemista, se creaba antipatías, pero no se hacía temer. ¡Ay de los que *luchan*

por alguna causa pero no se hacen temer! ¡Ay de los que están siempre del lado de los débiles! En toda lucha hay que estar, no solamente armado, sino listo para manejar las armas y descargar a tiempo y fuertemente los golpes. Pero Vergara, especie de *Bayardo platónico*, mostraba el brillo de la espada, o a lo sumo la punta amenazante y chispeante, mas no descargaba los mandobles ni daba estocadas. Cuando más, agresivo en apariencia, batallador con el ingenio más que con el alma, y siempre generoso, rasguñaba al adversario con la punta del acero, sin desarmarlo ni hacerle derramar más de una gota de sangre. Y aún esa gota, él mismo la enjugaba y la cubría con las hilas de su caridad y el unguento de su encantador aticismo...

Había entre las *creencias* y las *ideas* de Vergara una contradicción permanente, una falta de lógica, a los ojos de aquellos que le juzgaban por sus apariencias; y en realidad, una verdadera armonía: la del corazón siempre amante. Desconocía casi todas las ciencias, y ni sus creencias ni sus ideas eran razonadas. Unas y otras le venían del sentimiento. No *comprendía* la libertad moderna ni el progreso democrático, pero los *sentía* y *amaba*. El instinto era su ciencia y el amor su criterio. Era profundamente religioso y creyente, y lo era hasta el fanatismo (inofensivo) y a las veces hasta la superstición sentimental; y al propio tiempo soñaba con todos los primores del arte y daba a su espíritu un vuelo inmensamente libre, independiente y aun audaz, siendo con frecuencia una especie de libre pensador original, sin caer en la cuenta de ello.

Su cabeza era *conservadora* y su corazón *gólgota* (como llamaban aquí a los radicales); y era católico ortodoxo por la fe, las creencias de la infan-

cia, la educación, los recuerdos y afectos de familia, al propio tiempo que *volleriano* en literatura, si así puedo expresarme, por su ingenio burlón y epigramático, su inquietud de espíritu y su tendencia a la crítica de todo.

Había entre los estudios, la educación literaria, el estilo y las tendencias de Vergara, como prosador, un curioso contraste: su alma era española, su corazón colombiano y su ingenio francés. Era un *santafereño* español y un parisiense castellano. Sentía como patriota, escribía como francés y pensaba como descendiente de la raza de Rioja, Herrera, Garcilaso y los Moratines. Su estilo era una mezcla de imitaciones, en que Fernán Caballero, Trueba y Selgas y Carrasco estaban barajados con Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Enrique Conscience.

Conocía a fondo la lengua castellana, y sin embargo, prodigaba los galicismos, así en los giros como en las palabras. Escribía francés en castellano, si así puedo decirlo, porque en lugar del período amplio, extenso y completo de los prosadores clásicos de España, empleaba las frases breves, sacudidas, amartilladas, incisivas, chispeantes y frecuentemente paradójicas de los modernos escritores franceses.

Si Fernán Caballero era su modelo para la novela y el cuento, por la sencillez de los cuadros y la descripción fotográfica de los caracteres, en poesía procuraba imitar el estilo de Trueba, y en los artículos de costumbres y de travesura el de Selgas y Carrasco.

Grave defecto era, de suyo, el de la imitación de estilos, puesto que un ingenio tan rico, fecundo y original como el suyo debía tener su estilo propio. Y más grave aún el haber escogido para su imitación el menos español de todos los estilos



posibles. Ni las contraposiciones y paradojas son propias del espíritu español, ni la frase francesa que Selgas ha adoptado, entrecortada y como hecha a brincos, se acomoda a la sonora amplitud, la seriedad y majestad, la riqueza y austeridad de la lengua de Solís y Jovellanos, de Herrera y Quintana.

¿De qué provenía el gracioso amaneramiento de Vergara como escritor de costumbres y crítico burlesco? De que él, cuando escribía, era humilde en sus propósitos: no se proponía ilustrar ni convencer a nadie, ni discutir cosa alguna, sino divertir al lector, reír él mismo con lo que escribía y burlarse de todo lo burlesco, mezclando la burla con el sentimiento y la sátira inofensiva con una poesía moralizadora pero constantemente retozona.

El rasgo predominante en Vergara, perezoso en apariencia, informal de ordinario, era la travesura. Travieso con el espíritu, travieso con la lengua y la pluma, travieso con las manos, con el corazón y hasta con el apetito. A las veces comía con gula (dulces y golosinas de muchachos) por la travesura de comer de todo. Sentado junto al costurero de una señora, todo lo hurgaba y revolvía, en todo metía la mano, sin dejar de charlar deliciosamente, sobre todo hacía preguntas, observaciones y comentarios, y todo lo dejaba en desorden. Los papeles de su mesa andaban siempre tan revueltos como su ropa y sus negocios.

Inquieto de pensamiento, viejo por los pesares y los desengaños, pero niño por el candor, las ilusiones y las esperanzas, travesaba siempre en cuanto pensaba, hablaba y escribía. En todo momento su conversación era juvenil, es decir, viva, variada, retozona, chistosa, ingeniosa, original, ligera como una seguidilla, fácil como una redondilla de Bre-

tón de los Herreros, sentimental como un idilio, picante como un artículo de Larra y afectuosa como una cántiga de amor. Tenía el corazón de un San Vicente de Paúl y la chispa de un parisiense de gran raza, y con igual facilidad soltaba expresiones que eran suspiros y tenían lágrimas, o frases graciosas y retruécanos tan oportunos como llenos de agudeza. En su lenguaje se confundían siempre o alternaban el idilio y la burla, el gemido y la sátira, el madrigal y el ingenioso equívoco. Y, circunstancia digna de ser notada: jamás pronunciaba una palabra descompuesta, jamás un chiste inmoral o deshonesto, ni el más insignificante cuento colorado.

### III

La fecundidad de Vergara era verdaderamente asombrosa, y aún más que la fecundidad la facilidad de la improvisación, en prosa y en verso. No sólo llenó los periódicos de artículos de polémica moral y religiosa, de artículos literarios, de costumbres y de sátira o de filosofía retozona; no sólo fue fecundo en composiciones poéticas, particularmente del género sentimental; no sólo escribió con laboriosa erudición una infinidad de biografías nacionales; no sólo compuso varias novelas primorosas, sino que, levantando mucho el aliento, emprendió grandes trabajos históricos. Su primer trabajo de este género fue su libro *Cronología nacional*, relativo a los presidentes y virreyes del período colonial y a los presidentes de la época revolucionaria y de la república. Publicó después el tomo primero de su *Historia de la Literatura en Nueva Granada* (época colonial); y tenía ya preparado el tomo segundo (época republicana), así

como dos volúmenes de biografías, cuando le sorprendió la muerte frustrándole la ejecución de sus más bellos proyectos literarios e históricos.

Para conocer por completo las bellas cualidades y aptitudes de Vergara, era necesario estar en su compañía, en alguna de aquellas reuniones íntimas que teníamos, llamadas *Mosaicos*, ya en mi casa o en la de Quijano Otero, ya en la de Ricardo Silva, de Camacho Roldán, o del mismo Vergara, o de Marroquín o Carrasquilla. Nos reuníamos, sin distinción de creencias religiosas ni opiniones políticas, a departir en la intimidad sobre todas las cosas imaginables, y particularmente sobre historia patria y literatura, y todos hacíamos lecturas sometidas a la afectuosa pero severa y franca crítica del *Mosaico*; sin perjuicio de pasar largas horas en hacer las más variadas y chispeantes improvisaciones, así escritas como verbales, en prosa y en verso, en dibujos y caricaturas, y hasta en música, canto y representaciones cómicas.

En aquellas reuniones, Vergara se llevaba casi siempre la palma, no sólo por la agudeza de la conversación, por lo ingenioso y oportuno y picante de los diálogos, sino también por la gracia y belleza de las improvisaciones escritas y el chiste de las zumbas y caricaturas. Su palabra salía chispeante como si le brotaran de los labios sartales de ópalos y perlas; y nos entretenía horas enteras sin desmayar un instante, sin que ni por un momento se estancase el inagotable manantial de su ocurrente charla, impregnada de las más ricas emanaciones de sal ática.

En tanto que los demás improvisábamos una estrofa, una décima o un soneto sobre asunto y pie forzados, Vergara componía dos o tres, variando los metros y el estilo; y siempre nos sorprendía

con la novedad de sus imágenes, nos encantaba con la gracia de sus formas y la originalidad de sus ocurrencias. Y, ¡cosa bien rara!, en medio del público, en tanto que Mercedes Párraga de Quijano cantaba o tocaba el piano; o que Diego Fallon nos hacía desternillar de risa con sus admirables imitaciones mímicas de tipos humanos o de voces animales; o que yo leía algo de *mi fábrica*; o que Camacho narraba con elocuencia y erudición bellos episodios de la guerra de la independencia; o que Carrasquilla disertaba sobre crítica; o que Quijano Otero contaba anécdotas interesantes, recitando con prodigiosa memoria; o que otros charlaban ruidosamente, Vergara se estaba componiendo una serie de seguidillas, o de redondillas, o algún romancito en verso pentasílabo, sin dejar, mientras escribía, de atravesar algunas palabras en la conversación, por vía de oportuno comentario. Cuando levantaba la pluma y daba por concluido el trabajo, íbamos a ver lo que había escrito, y era algún patético desahogo de la melancolía de que su alma estaba repleta, pero que él encubría con la risa o disimulaba con las agudezas de su conversación. En medio del mayor bullicio era que Vergara componía, mejor dicho, *producía* o manaba como un manantial, las cosas más delicadas y sentimentales, las más tiernas y conmovedoras revelaciones de su corazón infantil y su alma de poeta...

Vergara era... muchas cosas a una vez, porque su talento variadísimo y soberanamente fecundo a todo se prestaba, excepto a las ciencias exactas y a los graves problemas de la política y la filosofía; pero era sobre todo un poeta, en toda la acepción de la palabra. Aun criticando las costumbres y burlándose de las flaquezas humanas, era poeta; y lo era como historiador, y como polemista reli-

gioso, y como bibliófilo, y como novelista, y como biógrafo, y hasta en sus *negocios* y en su conversación íntima, y en su vida de familia y en sus prácticas religiosas. El poeta, y el gran poeta, no sólo está de manifiesto en su volumen de *Versos en borrador*, y en los nueve o diez tomitos que Quijano Otero formó con las improvisaciones de los *Mosaicos*, llenos de poesías líricas de Vergara, sino también en sus novelas, como *Jacinta y Olivos y aceitunos todos son unos*, y en sus primorosos artículos de costumbres y variedades, entre los cuales descuellan los *Buitres*, el *Aire*, el *Humo*, los *Carillos*, las *Tres tazas* y las *Casas*.

Nadie en nuestro país, inclusive el delicioso Gutiérrez González, ha *sentido* más de veras que Vergara aquello que escribía. Puede decirse que él pensaba con el corazón, o que su pensamiento se confundía con su sentimiento en un solo acto, de suerte que impresión y concepción eran los movimientos inseparables y simultáneos de su alma... Su sensibilidad era tan delicada y profunda, como era inquieta su fantasía y rica su imaginación; y en todas sus creaciones la espontaneidad de la poesía, esencialmente amante, religiosa y tierna, predominaba sobre el razonamiento y sobre toda convicción. En realidad, la persuasión y la convicción, que son movimientos distintos del alma humana, eran en la de Vergara como uno solo; o mejor dicho, la persuasión avasallaba a la convicción.

Si las cualidades de su ingenio se caracterizaban por excelencia con el sustantivo *poesía*, las de su carácter se resumían en el adjetivo *humano*. Sí; el corazón de Vergara era prodigiosamente *humano*, porque su caridad era inmensa, su amor inagotable, su patriotismo inextinguible, su fe en el bien incontrastable. Amaba por el placer y la necesidad

de amar; era un *Don Quijote* de la caridad humilde y silenciosa; daba lo que tenía y lo que no tenía; andaba siempre a caza de miserias para aliviarlas, de tristezas para consolarlas, y nada le afanaba tanto como la suerte de un huérfano o el duelo de un desgraciado sin amparo. . . Vivía para los demás y poco o nada para sí, y se desvelaba constantemente con patrióticos proyectos, a las veces casi irrealizables.

Y aquel hombre de simpática figura, aquel joven de limpia y distinguida cuna, miembro de una de las primeras familias de Colombia; religioso y caritativo en supremo grado; patriota hasta los cabellos y los huesos; laborioso en extremo, aunque sin sistema ni buen orden; generoso y valeroso sin ostentación para aceptar riesgos y sufrimientos; incapaz de hacer mal a nadie a sabiendas; ilustrado y hasta erudito en muchos ramos del saber; admirablemente inspirado y prodigiosamente fecundo; amante como pocos, y como pocos amado y estimado por los que le conocían de cerca: aquel hombre, una de las más bellas criaturas de Dios producidas en Colombia, murió abatido, con muchos malquerientes, lleno de angustias y zozobras, probado por la mala fortuna de mil modos, abrumado por mil dolores y tristezas; y más que de enfermedad o muerte repentina murió de amargura y de pobreza, porque el dolor, la amargura y la pobreza habían minado irremediablemente su poco antes lozana existencia. . .

¡Ay! ¡Cuántas lágrimas no han llovido sobre el humilde sepulcro de José María Vergara; y cuán vasto y profundo e imposible de colmar es el vacío que su muerte dejó en el corazón de muchos, y particularmente en el mío, para siempre viudo de un amigo incomparable, hermano por el alma, es decir, por la fe, la ilusión y la esperanza!